

REFORMA SIGLO XXI

PERSONAJES Y LUGARES DE MI PUEBLO. HISTORIAS DEL RÍO SABINAS: JAIME, EL COMETA

■ ■ Rubén Helio Mascareñas Valadez*

Nunca le gustó el estudio e iba poco a la escuela. Por eso el profesor Daniel, director de la secundaria, le puso el mote, ya que se presentaba a clases muy de vez en cuando, como los cometas, que tardan mucho en circunvalar al astro rey. Pero el maestro se equivocaba, pues el Cometa sí iba a la escuela, pero de noche y cuando la plaza quedaba en calma. Él y Rogelio, la Borrega, me invitaron una vez a hacerlo y yo los acompañé, más por saber qué hacían y por el afán de la travesura, que por otra cosa.

Con una navaja movían el pestillo de una de las ventanitas que, sin vidrio, permitía entrar a uno de nosotros, quien luego abría desde adentro la enorme ventana, por donde entrábamos los demás. Una vez en el salón, abríamos la puerta de salida al corredor o al cuarto que daba acceso a la dirección.

Buscábamos entre los escritorios los exámenes sustentados la víspera, con la esperanza de corregirlos. Una vez encontrados, la consigna era copiar las respuestas que tenía el examen de Claudio Hinojosa, la enciclopedia ambulante, que sacaba puros cienes. En mi caso, corregía alguna que otra respuesta, pues mi intención era saber lo que aquellos granujas, mis amigos, hacían. Grande fue la sorpresa del Cometa cuando encontró su examen con una enorme cruz que llenaba la página. Se había pasado de listo, dejando la hoja poco menos que en blanco, en espera de contestarla por la noche. Pero el profesor Víctor, al ver que casi no había contestado nada, le revisó las escasas respuestas escritas y ante el exiguo resultado le plantó un gran cero en la parte superior, cruzando la hoja con dos enormes rayas que imposibilitaban toda corrección ulterior.

El Cometa tenía un espíritu de aventura tan

grande como su buena puntería. En una ocasión fuimos de cacería con una carabina .22 automática, recorriendo el río y bordeando la acequia de los Vecinos. En toda la tarde no pudimos matar nada, hasta que él le disparó a un gavián que, con el hambre que traíamos nos anticipaba una delicia. Cuando lo asamos al pie del cerro de la Cuchilla, la poca carne del ave y el exceso de brasas lo convirtieron en una magra merienda que nos dejó un amargo sabor en la boca.

De regreso vimos bajo un barranco, entre las piedras del río, una parvada de palomas de las alas blancas. Estarían a unos treinta metros. Un tiro con escopeta nos habría proporcionado bastante carne, pero lo que traíamos era una .22 y para colmo una bala extra larga y expansiva. Como para hacer pedazos a cualquier avecilla. Quise probar mi puntería y les dije: –Van a ver un buen tiro. Apunté al montón de palomas, seleccioné una y le solté la bala. –Este tiro no tiene caso, dijo el Cometa. La Borrega dijo: –La vas a hacer garras, no va a quedar nada con esa bala.

Al disparo volaron todas las aves, excepto una, que se agitó sobre los guijarros, mortalmente herida. No se vieron saltar las plumas, como suele suceder en estos casos, pero Rogelio saltó del barranco al río y recogió la pequeña columbina. –¡Qué tiro!, exclamó, –¡De pura bamba!

Sentí gran satisfacción al ver la paloma entera. – Se murió del susto, dije, nervioso. –No le pegaste, dijo Rogelio, pues por más que buscó, no encontró huellas de ninguna herida. Sólo Jaime callaba mientras su conocedora mirada escudriñaba entre las plumas del avecilla hasta encontrar un pequeño rozón sobre la cabeza. –¡Qué bárbaro!, dijo por fin. ¡Le levantaste la tapa de los sesos!

No podíamos creerlo. Una bala expansiva, capaz de destrozarse al animalito, apenas le había arrancado el casco de la cabecita, dejando el resto del cuerpo intacto para hacer un sabroso caldo. ¡Fue un tiro perfecto!

*Egresado de la Normal Pablo Livas, graduado en Psicología Educativa de la Escuela Normal Superior de México, titulado en Inglés y Francés en la Escuela Normal Superior Moisés Sáenz y Maestro en Pedagogía por la Escuela de Graduados de la misma institución.